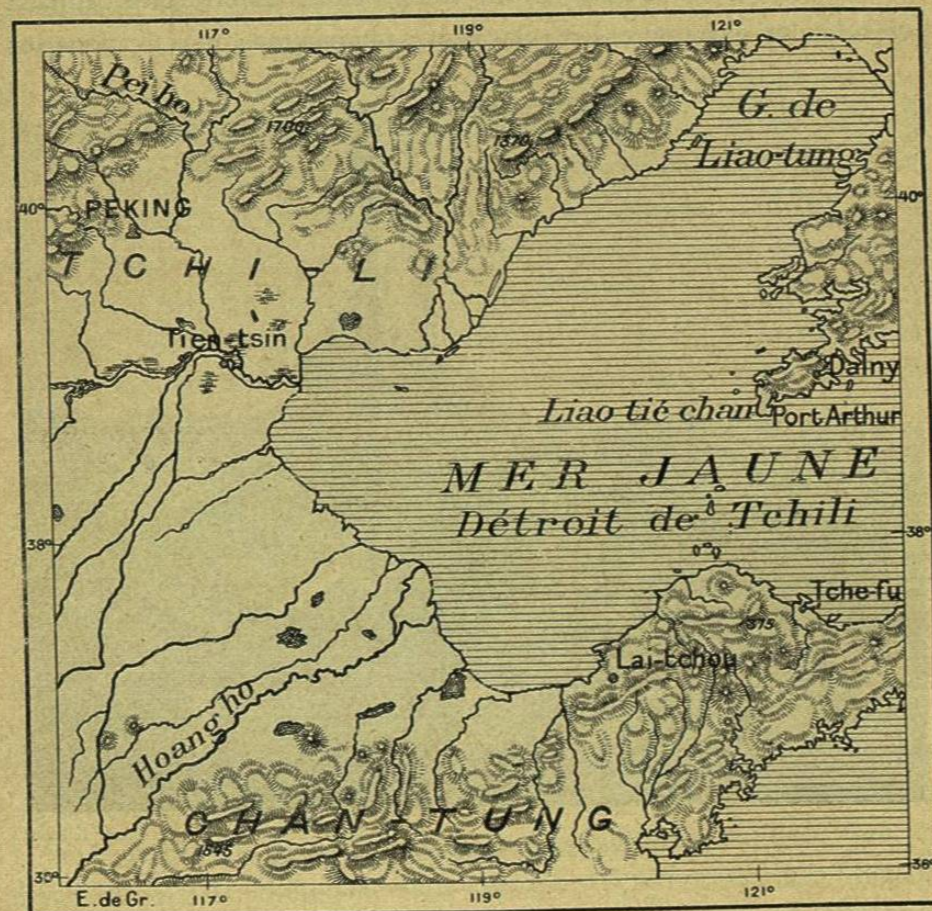


donde han arraigado las colonias chinas, se conservan crecientes, inasimilables, en medio de poblaciones heterogéneas, tratando siempre de agruparse, sea en un barrio distinto, sea en una ciudad se-

N.º 517. Pekin y el Mar Amarillo.

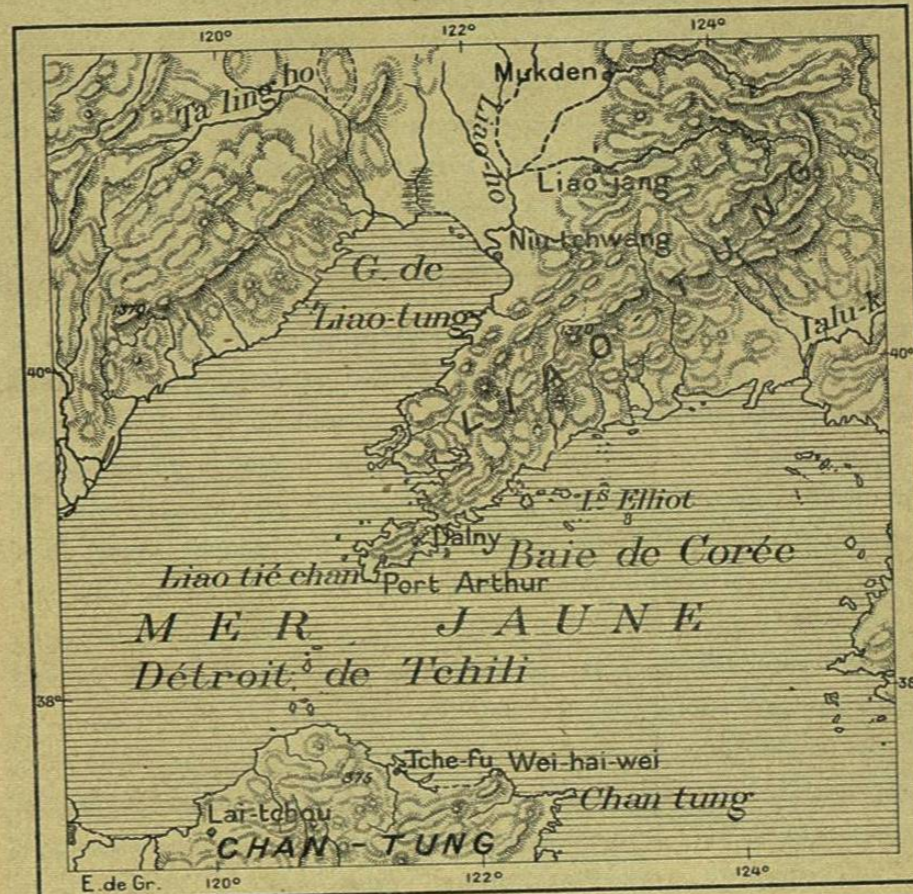


La bahía de la parte inferior del mapa es la de Kiao-tcheou, concedida al gobierno alemán.

parada. Así, cerca de Saigon, los Chinos han construido las cabañas y las barracas de Cholon, una ciudad particular, que recorta una red de corrientes naturales y de canales en que hormigean los juncos y barquillas. Allí están como en su país, y de seguro más sólidamente fijos que sus vecinos de Saigon, los funcionarios y soldados franceses.

Por lo demás, la prodigiosa fuerza de resistencia que presentan los Chinos á las tentativas de asimilación ejercidas contra ellos en el extranjero es un hecho tan bien conocido, que ha de verse en él

N.º 518. Península de Liao-tung.



una de las causas del obstáculo que se opone á su residencia en los Estados Unidos y en Australia: se teme que en la concurrencia vital entre naciones la solidaridad de los instintos y de los intereses les dé demasiada preponderancia. Lo que constituye la fuerza de la China es precisamente su aparente tranquilidad. No tiene la cohesión política dada por la unidad de poder y por una rigurosa centralización, pero cada una de las células que componen el gran conjunto



chino es semejante á las otras por su moral, sus tendencias y su vida. Cada grupo de familias piensa de la misma manera, se da el mismo ideal, opone á todo cambio la misma fuerza de resistencia. ¿Qué importa que un barco esté agujereado en un punto cualquiera de su carena, si todos los compartimentos son estancos<sup>1</sup>?

Hasta los Chinos del viejo tronco conservan todavía respecto del mundo exterior, inclusa Europa, su fuerza de iniciativa moral. A los ojos de esos filósofos conservadores, los extranjeros que les rodean no son necesariamente «bárbaros», como lo eran para los Griegos los que vivían fuera de su microcosmo helénico: ven en ellos hombres que no han comprendido todavía los principios sobre que reposa el «reino del Medio». El deber de los Chinos consiste, pues, en dar á sus vecinos la verdadera comprensión de las cosas, á la vez por la palabra y por el ejemplo. No es extraño que, guiados por esa teoría unitaria, los Chinos no conozcan la idea de «patria» á la manera de los Europeos y que ni siquiera tengan en su lengua una palabra para expresarla<sup>2</sup>. La verdadera patria es para ellos el conjunto del mundo donde se ha llegado á comprender, como ellos lo entienden, la constitución normal de la familia y de la sociedad.

Sin embargo, la movilidad creciente del individuo y el quebranto, la destrucción misma de las familias que es su consecuencia, presagian á las poblaciones del Extremo Oriente una revolución social y política mucho más profunda que la representada por los trastornos modernos de la Europa Occidental, producidos tras largos siglos de cambios graduales. La civilización de China y de las comarcas que se hallan bajo su dependencia moral, tales como el Tonkin y la Cochinchina, reposan absolutamente sobre la unidad de la familia, objeto de un verdadero culto: la familia china, tal es la religión de los Chinos, tal es también la razón de ser de su vida política. La municipalidad es sencillamente una federación de familias, lo mismo que el Estado es una federación de municipalidades. De ahí esa prodigiosa fuerza de resistencia que la civilización oriental presenta á los ataques de los innovadores, al impulso de los millonarios, de los mercaderes y de los conquistadores venidos de las comarcas occi-

<sup>1</sup> Marcel Monnier, *Le tour d'Asie, l'Empire du Milieu*.

<sup>2</sup> Léon de Rosny, *Publ. de la Soc. d'Ethnographie*.

dentales. Y, sin embargo, cederá, porque no está de acuerdo con las nuevas condiciones que le presenta el medio.



POSADA CHINA. — LA COMIDA DE LOS COOLIS  
Dibujo de G. Courtellement.

Es cierto que la civilización china se ha sobrevivido parcialmente y que el pueblo se halla, por consiguiente, en estado de



regresión, estado manifiesto por la prodigiosa red de supersticiones en que los «Hijos de Han» se han dejado encerrar, y que no ha cesado de aumentarse con la sucesión de las edades. El Chino no tiene la libertad mental del hombre que posee la plenitud de la confianza en sí mismo y que siente la alegría de la acción. Está aprisionado en sus prácticas «como la crisálida en sus capullos». No se atreve á obrar: cada uno de sus actos debe regularse por un adivino, por uno que le diga la buena ventura; se hace dirigir por la geomancia, la necromancia, las mil figuras fugitivas del aire y de las aguas; los despreocupados no lo son más que en apariencia, y aunque afectando indiferencia se guardarán mucho de ejecutar una acción en un lugar, un tiempo ó una compañía prohibidos por los presagios. Tal es la razón por la que los Chinos faltan frecuentemente á las citas dadas; lo sienten mucho y se acusan los primeros, pero el destino les impide cumplir su palabra: no pueden correr á una desgracia que tienen por segura<sup>1</sup>.

Los viajeros que han estudiado las costumbres chinas hablan con asombro en su mayor parte de la superstición de los indígenas, como si la gran mayoría de los Europeos no estuviese acerca de supersticiones en el mismo punto, ó al menos muy parcialmente despojada de las mismas alucinaciones y de las mismas prácticas. La principal diferencia en las supersticiones del Oriente y del Occidente consiste en que las primeras están «desnudas» puede decirse; los Chinos no las rodean de un sistema de ceremonias religiosas dirigidas por un clero oficial; pero que se reciban los amuletos de un sacerdote reconocido ó de un necromántico encerrado en una caverna, el resultado es el mismo: de una parte y de otra, de la vestidura ó de la medalla, del fragmento de jade ó de un hueso se espera la salvación. La estampilla es distinta, pero el Europeo como el Chino se entregan al miedo, y, dejando de razonar, recurren á toda clase de fetiches para hacerse proteger contra la mala suerte.

Otra diferencia de detalle entre las supersticiones orientales y las supersticiones occidentales es que las de los Chinos son más naturalistas que las de los Europeos. Los fantasmas, que tan gran

<sup>1</sup> Marcel Monnier, *Le Tour d'Asie, l'Empire du Milieu*, ps. 360, 361.

papel desempeñan en la mitología cristiana, sea como diablos, sea como aparecidos ó duendes, son menos temidos en China, probablemente porque el culto de los antepasados, sostenido con el mayor cuidado, ha pacificado el país. Los abuelos no pueden quejarse de sus hijos, que les aseguran tumbas bien conservadas y ricas ofrendas; pero las fuerzas de la Tierra, siempre misteriosas y terribles, pueden ser frecuentemente ofendidas sin que el hombre, tan débil ante esas potencias, sepa cuál ha sido su crimen: de ahí costosas ceremonias, frecuentes oraciones y prácticas de toda especie, para las cuales no se consulta á sacerdotes propiamente dichos, sino á geomancios, hidromancios, astrólogos, mil charlatanes, más ó menos sinceros, equivalentes al clero. Los grandes fetiches que se trata de conjurar á toda costa son los del *feng-choui*, «el aire y el agua», el conjunto de todas las condiciones del medio y el gran dragón, ó sea la tierra viviente con todo lo que se mueve en su superficie y en sus profundidades<sup>1</sup>. Para vivir en armonía con esas fuerzas, para rimar sus propias manifestaciones, cada uno de los actos de su vida con los fenómenos de la Naturaleza, sería necesario poseer todas las ciencias, y el Chino, lo mismo que los demás hombres, no las posee: no tiene más que el empirismo, más ó menos fundado sobre una cierta experiencia de las cosas.

Algunos escritores han emitido la opinión que Chinos y Occidentales permanecen mutuamente impenetrables en su modo de sentir y de pensar: todo acuerdo aparente ha de ser forzosamente un equívoco, puesto que las palabras mismas son intraducibles de lengua á lengua. Esto es verdad parcialmente, pero sólo por un tiempo entre todos los pueblos, entre todas las comunidades distintas. La comprensión recíproca, primeramente imposible, después difícil, incompleta y falaz, acaba por ser completa entre individuos, primero excepcionales, después cada vez más numerosos, representantes avanzados de su tipo de raza, de nación ó de profesión especial. A medida que los puntos de contacto se multiplican, aumenta la comprensión mutua: se llega á penetrarse recíprocamente, no sólo por el pensamiento, sino también por el instinto. Pero se necesita que haya

<sup>1</sup> M. J. Matignon, *Superstition, Crime et Misère en Chine*, p. 6 y siguientes.

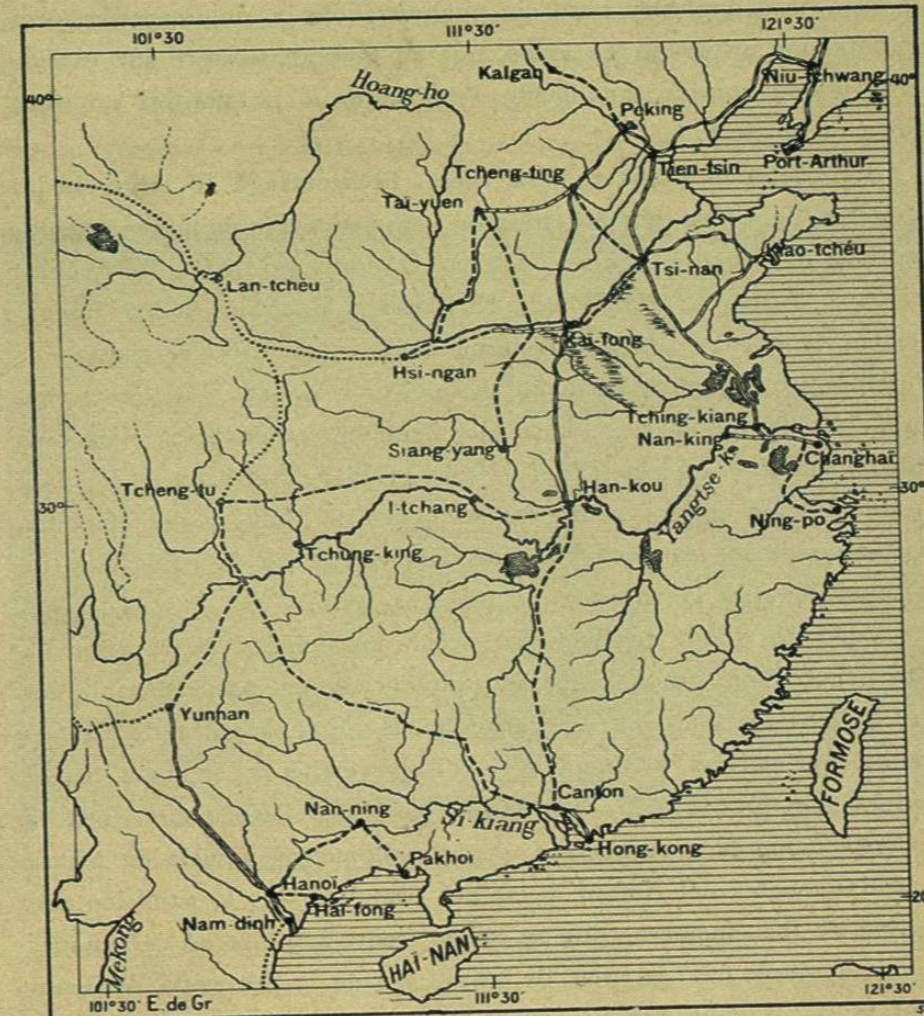


simpatía, atractivo natural: el mercader que no ve en sus transacciones con el indígena más que los taels que piensa ganar, el misionero que se limita á bautizar á los moribundos para enviarlos á la gloria, el militar que gana la cruz atravesando vientres de Poussahs no harán nada útil para la penetración mutua de los genios de Oriente y de Occidente y su fusión en una comprensión superior verdaderamente humana. La industria europea que conquista China hará mucho más para producir más íntima unión, porque á obreros chinos se confía la conservación y el uso de esos aparatos revolucionarios llamados buques de vapor, locomotoras, dinamos. Además, la ciencia, la verdadera, la que observa, experimenta y compara, penetra en las escuelas chinas. Los geógrafos de la Flor del Medio se resignan á creer que la China no constituye por sí sola casi todo el mundo habitable y que los «bárbaros» no ocupan en ella más que los «rincones». Todos los que estudian cambian la orientación de su pensamiento y la amplitud de su horizonte: á las obras de Confucio y de otros filósofos morales, unen el estudio de los economistas y de los sabios modernos de Occidente, llegando hasta reformar su práctica médica, aunque los médicos de Europa no puedan todavía enseñarles métodos seguros para el tratamiento de los casos particulares. Todo cambia y se transforma: la música de nuestros artistas europeos, á la que se creía que los Chinos eran absolutamente rebeldes, ha acabado por triunfar de su atavismo, y Cantón, Changhai, Fu-tcheu aprecian ya muy juiciosamente la «música del Porvenir».

De las potencias que se disputan actualmente los jirones del territorio chino, sólo hay en realidad dos cuyas anexiones puedan ser consideradas como capaces de reamasar la población local hasta el punto de absorberla en una nacionalidad diferente. Estas dos potencias son Rusia y Japón, cuyos imperios confinan con el del Medio, y que por la penetración constante de los inmigrantes y de las costumbres y además por los matrimonios llegan á transformar los anexionados hasta en su conciencia política. Semejante resultado no puede obtenerse evidentemente con la ambición de Francia, por mucha que sea la extensión que puedan alcanzar un día sus empresas sobre las provincias meridionales: súbditos chinos seguirán siendo Chinos. La Gran Bretaña, á pesar de toda su influencia

desde el punto de vista del equilibrio comercial, no piensa en anglicanizar á los Chinos, á los cuales la mayor parte de sus colonias

N.º 519. Vías férreas de China.



Daptes Chine et Belgique

## CAMINOS DE HIERRO

— explotados; — en construcción; - - - en proyecto; ..... futuros

1: 20 000 000

0 200 600 200 Kil.

El Yang-tsé es muy difícilmente navegable entre I-tchang y Tchong-King; así se explica la necesidad de una vía férrea paralela á la corriente del gran río.

cierran sus puertas. Los Estados Unidos, por la misma razón, no quieren asociarse en China á esos mismos hombres á quienes su



política ofende tan gravemente en el territorio de la Unión Americana. Por último, Alemania, por bien disciplinados que sean sus funcionarios y sus soldados, no cambiará los Chinos en Germanos: no será más que una potencia conquistadora y dominante, representada por un grupo de amos, que se tendrán siempre por extranjeros y que continuarán siendo aborrecidos si su política no toma dirección distinta.

En cuanto á Rusia es otra cosa. Preséntase á lo largo de las fronteras de China por los mismos caracteres que le hacen asemejarse al ingenio del Medio; llega con todos sus rebaños de pueblos asiáticos, Buriates y Mandchues, Kirghizes y Mongoles, todos descendientes de hordas que reconocieron antes el señorío del emperador amarillo y que se prosternan hoy ante el czar blanco. La alianza material, íntima, popular, se hace fácilmente por todos esos elementos étnicos, mientras que la influencia rusa propiamente dicha es debida á la colonización agrícola sobre las márgenes del Adur y del Oussouri, al trazado de los caminos y de los ferrocarriles, á la edificación de las ciudades y á la apertura de las escuelas.

Del lado donde producía su acción más eficaz, el carácter de esta penetración gradual ha sido modificada en parte durante los dos últimos años (1905). El recuerdo de algunos miles de Chinos atados por parejas y ahogados en Blagovetchensk en 1904 no se borrará tan pronto entre los Hijos de Han. Pero sobre toda la periferia mongola y turkestaná — 2,500 kilómetros á vista de pájaro entre las fuentes del Amour y las del Amudaria —, la situación respectiva de los elementos que se hallan frente á frente no debe haber cambiado desde las derrotas de los Rusos en la península de Liaotung y en el valle del Liao-ho. De una parte y de otra del límite oficial, poblaciones de la misma naturaleza entran en el círculo de la civilización rusa.

El Japón, en sus relaciones con China, posee ventajas análogas. Formosa, las islas Kiu-Kiu y las Pescadores, conquistas recientes de los Japoneses, se unen al imperio del Sol Levante de la misma manera que las grandes islas propiamente llamadas japonesas se unen las unas á las otras, y los Japoneses que se introducen en gran número en esas tierras conquistadas, tienen, merced á su

cultura superior, un gran ascendiente de asimilación sobre las poblaciones nativas. Actualmente trabaja el Japón para obtener el mismo resultado en China, hasta haciéndose instructor é iniciador, haciéndose indispensable como intérprete allí de la civilización europea. Trata de acomodarse tan bien al nuevo orden de cosas, que acecha la ocasión de anexionarse fácilmente una buena parte de China, ó unirse con ella en una confederación del Oriente, bastante



Cl. P. Sellier.

ESCUELA JAPONESA BAJO EL ANTIGUO RÉGIMEN

poderosa para contrabalancear los Estados del Occidente. Entre los extranjeros que se precipitan actualmente hacia China, se cuentan los Japoneses en mayor número, y de las escuelas japonesas salen principalmente los alumnos chinos para estudiar las ciencias de Europa. ¿Quién puede asegurar que en esas escuelas los amarillos de China no aprenderán á ser soldados como lo han llegado á ser los amarillos del Japón? Por desgracia es demasiado fácil, por medio de una educación al revés, conducir un ciudadano pacífico hacia la vida brutal de la animalidad primitiva, es decir, convertir labradores en militares. Los «Hijos del cielo» dicen de sus soldados que son «tigres de papel», mas, por poco que se les ayude, puede